



María Alejandra Carrasco

Problemas Contemporáneos

DE ANTROPOLOGÍA Y BIOÉTICA



instituto
de **estudios**
de la **sociedad**

TEMAS ACTUALES





instituto
de **estudios**
de la **sociedad**

Problemas Contemporáneos de Antropología y Bioética

María Alejandra Carrasco

© Instituto de Estudios de la Sociedad, 2008

CIP - IES Instituto de Estudios de la Sociedad

Carrasco, María Alejandra
Problemas Contemporáneos de Antropología y Bioética /
María Alejandra Carrasco.

1.- Antropología Filosófica. 2.- Bioética I. - t.

CDD 22
128

2008

RCA2

Director Colección Temas Actuales
Cristián Rodríguez R.

Editor Responsable
Joaquín Castillo Vial

ISBN: 978-956-8639-12-9
Inscripción en el Registro de Propiedad Intelectual: N°170.144
Primera Edición: Agosto 2008
Segunda Edición: Mayo 2011

Instituto de Estudios de la Sociedad
Dirección de Publicaciones
Teléfonos (56 2) 321 7792 - (56 2) 321 7799
Nuestra Señora de los Ángeles 175
Las Condes, Santiago
Chile
www.ieschile.cl

Diseño de portada: Elena Manríquez
Impresión: Andros Impresores

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida o transmitida, mediante cualquier sistema –electrónico, mecánico, fotocopiado, grabación o de recuperación o de almacenamiento de información–, sin la expresa autorización del Instituto de Estudios de la Sociedad.

PROBLEMAS CONTEMPORÁNEOS DE ANTROPOLOGÍA Y BIOÉTICA

MARÍA ALEJANDRA CARRASCO



*Para Joaquín y
Magdalena*



ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	IX
PRESENTACIÓN, JUAN DE DIOS VIAL CORREA	
BIOÉTICA Y SENTIDO	XV
AGRADECIMIENTOS	IX
PRIMERA PARTE	
LA POSIBILIDAD DEL SENTIDO	1
1. SOBRESUFERENCIA DE SENTIDO	3
2. AMOR E INTIMIDAD	25
3. RELATIVISMO, TOLERANCIA Y LIBERTAD	41
4. DOLOR Y SENTIDO	67
SEGUNDA PARTE	
LA ENCRUCIJADA	81
5. LENGUAJE, FALACIAS Y EL PELIGRO DE BABEL	83
6. QUIÉN ES Y QUIÉN NO ES 'PERSONA'	99
TERCERA PARTE	
DEBATES BIOÉTICOS CONTEMPORÁNEOS	115
7. ANTES DEL "DÍA DESPUÉS"	117
8. DILEMAS ÉTICOS SOBRE LOS INICIOS DE LA VIDA	135
9. EUTANASIA: MUERTE ¿DIGNA?	163
EPÍLOGO	
EXPERIMENTO MENTAL	191



INTRODUCCIÓN

*Si quieres que el surco te salga derecho
ata tu arado a una estrella*
R. Tagore

En mayo del año 2007, el parlamento inglés aprobó una norma para permitir la creación de ‘embriones híbridos,’ parte humanos y parte animal, sólo con fines científicos y bajo la obligación de destruirlos antes de los 14 días desde su producción. Al óvulo de una vaca se le elimina el núcleo e introduce allí un núcleo humano. De este modo el embrión resultante, con un porcentaje genético bovino, no es propiamente un embrión humano, y se puede utilizar para la investigación sin entrar en el debate de si es o no moralmente aceptable experimentar con embriones de nuestra especie. La norma, claro está, obliga a la pronta destrucción de estos casi-humanos; no vaya a ser que a alguien se le ocurra implantarlo y en nueve meses nazca algo así como un “hombre-vaca”...

Pocas semanas antes de la decisión inglesa, la Corte Suprema de Estados Unidos falló, por primera vez desde que en 1973 permitiera el aborto, en contra de la licitud de un tipo específico de éste. Aunque la noticia casi no tuvo repercusión en la prensa, y aunque afecta a muy pocos casos, sí marcó un hito en la historia de la bioética contemporánea, pues fue el primer triunfo de los movimientos pro-vida norteamericanos en ese nivel de la justicia. Esta norma federal restringe el método abortivo de ‘nacimiento-parcial,’ que se realiza después de los tres meses de gestación, induciendo el nacimiento del feto y rompiéndole el cráneo para matarlo antes de que salga por completo. Los defensores de esta práctica afirman que es menos peligrosa para la madre, pues los abortos posteriores a los tres meses de embarazo requieren siempre de alguna intervención quirúrgica para desmembrar al feto y extraerlo del útero, con el riesgo de infecciones, sangramientos, etc. A pesar de que esta decisión de la Corte sólo prohíbe esa clase tan puntual y poco común de interrupción del embarazo, es la primera vez que se rompe con la implacable tendencia abortista en la legislación de ese país.

Estos dos hechos reflejan las dos grandes corrientes de pensamiento que compiten y chocan constantemente bajo la superficie de la cultura actual. Por ahora, su conflicto se ha cristalizado principalmente en temas de bioética, pero sus

posiciones encontradas van mucho más allá, dando forma a visiones prácticamente opuestas sobre lo que significa e implica ser una persona humana. Las posturas bioéticas reflejan concepciones antropológicas contrarias, y tal como éstas tienen consecuencias en el plano de la experimentación con embriones o el aborto, las tienen también en otros ámbitos totalmente distintos (ecología, concepto de familia, distribución del ingreso, etc.) que determinan la dirección en que se va desarrollando nuestra cultura.

Y la cultura somos nosotros, y los modelos y valores que expresa son los nuestros, o bien los de aquellos que no se callan e imponen los suyos sin resistencia por parte de los que no los comparten. La relación entre el hombre y su cultura es muy estrecha y de causalidad circular: nosotros hacemos nuestra cultura pero nuestra cultura también nos hace a nosotros. Nuestros valores, nuestro pensamiento, nuestra manera de enfrentar la vida está forjada, en gran medida, por la cultura. Todo lo que pensamos y queremos se nutre de la cultura. Podemos después apoyarla u oponernos a ella; pero nuestra identidad siempre se habrá constituido *a partir* de ella. La cultura es el horizonte, la que marca los límites. Los seres humanos no vivimos en el vacío, y nuestro 'mundo' –nuestra cultura– es, naturalmente, decisivo a la hora de definir quiénes somos.

Esto ha sido así durante toda la historia humana. Pero en este momento preciso vivimos una muy peculiar encrucijada cultural, tal vez la más importante que haya habido nunca, porque aunque como siempre está en nuestras manos establecer el rumbo que va a tomar nuestra sociedad, esta vez puede ser un camino sin retorno. Todas las épocas son cruciales, pero la nuestra tiene una particularidad inédita: la cultura contemporánea ya no sólo definirá *el mundo* en el que vivirán las futuras generaciones, sino que está capacitada para determinar –definir, modelar, elegir– a las *personas* que constituirán esas generaciones. Como por primera vez la tecnología permite al hombre manipular la vida humana, hoy podemos inventar un 'nuevo ser humano' fabricado a nuestro gusto, quitándole a él la posibilidad de rebelarse y revertir lo que nosotros decidimos que fuera. La creación del 'hombre-vaca' o de los cada vez más detallados 'bebés a la carta' ya no son ciencia ficción. Hace poco se logró identificar, antes de implantarlos, a los embriones con el gen del estrabismo. Si se optara por desechar sistemáticamente a esos embriones y reemplazarlos por otros sin estrabismo, en pocos años podrían desaparecer los turnos del planeta. Y quizás los que ahora están vivos sean los últimos ejemplares que se salvaron del exterminio.

Vivimos un momento de definiciones. Todavía no se dice la última palabra –el fallo de la Corte estadounidense muestra que persiste el conflicto entre dos corrientes opuestas de pensamiento–, pero esta historia ya llegó a uno de sus últimos capítulos: al desarrollo de una tecnología que permite la manipulación más absoluta del ser humano y a la situación en que la definición del rumbo se vuelve imprescindible. Pronto habrá una última palabra. ¿Cuál? Eso depende de nosotros, de cada uno de los que ahora estamos vivos, de nuestra reflexión, nuestras decisiones y nuestra lucha. Y como estas dos visiones de mundo, dos doctrinas antropológicas, son incompatibles, el que opte por ‘omitir’ estará apoyando al grupo más fuerte. Estamos en una encrucijada, no hay solución intermedia, no podemos eludir la responsabilidad. Porque esa última palabra, por acción u omisión, querámoslo o no, será la nuestra.

Este libro es una recopilación de ensayos que busca en parte aclararnos en esta encrucijada y defender también una visión de la persona humana que se niega a perder su dignidad. El tema no es fácil y son muchas las presiones culturales bajo las que estamos sometidos a la hora de tomar una posición: nos ha tocado movernos sobre un “pavimento resbaladizo,” en el que conviene fijar convicciones firmes y no correr de modo irreflexivo. Por ello comienza con una Primera Parte más teórica sobre quién es la persona, para sólo en la Segunda Parte introducir el debate y exponer, en la Tercera, las discusiones bioéticas que están hoy en primer plano. Bajo el título de la primera parte, “La posibilidad del sentido,” se esconde la conocida tesis de que el problema más grave de nuestro tiempo es que hemos perdido el sentido de la vida, y que sin sentido todo da un poco igual. Si no hay un “para qué” vivir, no hay ninguna razón para esforzarse, y nuestra existencia se limita a buscar experiencias placenteras. Como no queremos complicaciones, no nos metemos en la vida de los demás, evitamos el compromiso y arrancamos del dolor. De allí que no reaccionemos al saber que se están fabricando ‘hombres-vaca’ (“tan lejos, da lo mismo...”); y nos pueda hasta parecer razonable que, por huir del dolor, la gente acuda a prácticas como el aborto o la eutanasia. Sin embargo, el problema de esta actitud es que no nos hace felices. La vida centrada en el propio placer nos frustra, no sólo porque no lo obtenemos, sino porque el hombre está constituido para apuntar mucho más alto.

Los primeros cuatro ensayos, entonces, buscan echar un vistazo al infinito que significa “ser persona,” la riqueza y profundidad de su sentido, el potencial que tenemos entre manos y que muchas veces, por inercia o ignorancia, despilfarramos. En los comienzos de la modernidad, Kant acuñó el lema *Atrévete a saber*, porque sólo la ilustración podía hacer consciente a cada individuo de su real valía. La ilustración dignificaría, humanizaría, a cada ser humano. Ahora, a fines de la modernidad, muchos creemos que ya pensamos por nosotros mismos. Por eso el *slogan* actual, que sólo complementaría o comprobaría si realmente estamos cumpliendo el sueño kantiano, podría ser un contracultural *Atrévete a sufrir*; puesto que da la impresión de que ha sido nuestra obsesiva huida al dolor la que nos ha hecho perder el sentido, la que nos alienó y acható vitalmente. Nuestra re-humanización, nuestro volver a darnos cuenta del valor y la dignidad que tenemos, que todo ser humano tiene por el mero hecho de serlo, tal vez pase ahora por atrevernos a enfrentar y traspasar el dolor, y no seguir escapando de él a través de las múltiples puertas falsas que con gran publicidad se nos ofrecen pero que terminan siempre en la nada.

Si no temiéramos tanto al dolor, nos arriesgaríamos a metas altas, a esfuerzos, a posibles frustraciones, sabiendo sin embargo que ése es el único camino para la felicidad verdadera. Si no temiéramos tanto al dolor, nada justificaría la eutanasia, ni el aborto para evitar un embarazo no buscado, ni el matar a nuestros hijos por la posibilidad de que tengan alguna enfermedad o deficiencia apostando por que en un próximo intento nos salga un niño sano... Si no temiéramos tanto al dolor –quizás simplemente por nunca haberlo encarado– seríamos capaces de hacer y reconocer el sentido. Los primeros cuatro ensayos, entonces, apuntan en esa dirección: buscan mostrar que nuestro crecimiento, nuestra autorrealización, está en nuestras manos; que nacemos para “nacer,” para forjarnos a nosotros mismos; por eso es que si no nos hacemos cargo y nos dejamos llevar por los vientos de las modas y la inercia cultural, nos quedamos molestos, frustrados y vacíos.

La segunda y tercera parte del libro ya entran propiamente a la discusión bio-ética contemporánea. Primero, identificando las condiciones mínimas para un debate racional y advirtiendo del peligro del engaño y autoengaño a través del lenguaje y los errores argumentativos. Ésas son unas pocas claves útiles para interpretar nuestra cultura, pero sobre todo para revisar la validez de nuestras opiniones, la coherencia de nuestra posición –si es que la tenemos– frente a temas que están a punto de cambiar la historia humana. “La encrucijada” es el título de

los dos ensayos de la segunda parte, puesto que además de la elección formal –entrar en el debate o dejarse llevar; exigimos rigurosidad en el razonamiento u optar por lugares comunes–, se expone la encrucijada más de fondo: qué entenderemos por persona humana y qué consecuencias prácticas tiene cada una de sus interpretaciones.

Por último, la tercera parte presenta la discusión y los argumentos de algunas de las polémicas que hoy están haciendo noticia. El primer ensayo trata sobre la controversia que produjo en Chile la distribución de la llamada *pildora del día después*, quizás el primer gran debate público que hubo en nuestro país sobre un tema de bioética. Aquí se intenta dar luces tanto respecto de la estructura del debate como de la validez de algunos de los argumentos más recurrentes que se dieron y siguen dando a favor o en contra de este fármaco y del derecho a la vida. El desorden argumentativo de esa primera discusión pública hizo que, al no saber cómo enfrentarla, parte importante de la población terminara en la apatía: “allá ellos, que hagan como quieran, a mí me basta con los problemas de mi propia vida.” El segundo ensayo, “Dilemas éticos sobre los inicios de la vida,” recoge y resume los argumentos más comunes frente a los temas que atañen nuestra conducta respecto de los no nacidos: aborto, criopreservación, experimentación con embriones, diagnósticos pre-implantacionales, etc. Finalmente, el último ensayo de esta parte, “Eutanasia: muerte ¿digna?,” analiza esta práctica desde una perspectiva antropológica y una perspectiva política. A partir de ese examen se concluye que las dos justificaciones que se dan a favor de la eutanasia, la compasión y el derecho a la autonomía, son falaces, por lo que en un Estado liberal esta práctica no podría nunca ser legítima.

Las tesis de estos ensayos intentan ser argüidas racionalmente, apelando a veces a la intuición, pero sin falacias ni sofismas. Por lo mismo, están también abiertas a la discusión, en cuanto ésta cumpla con las condiciones mínimas de un debate racional. En este sentido, los nueve ensayos que se presentan son una invitación al diálogo, pero antes incluso que al diálogo, a la reflexión seria, profunda e intelectualmente honesta de cada uno. De allí el tono a veces provocativo, directo, anti-eufemístico que tienen. Y para terminar, un breve epílogo, un cuento. Éste es la continuación imaginaria de un famoso experimento mental de la filósofa abortista Mary Ann Warren, que resume, en una breve fábula, las consecuencias prácticas de cada una de las dos visiones contrapuestas de persona que pugnan actualmente en nuestra cultura.



PRESENTACIÓN BIOÉTICA Y SENTIDO¹

Bioética y Antropología son dos temas que debieran estar siempre ligados. Remitirse a esta última disciplina significa retomar la pregunta “¿qué es el hombre?” La Antropología, el discurso racional sobre el hombre, debe arrojar una luz sobre éste y sobre los límites y proyecciones de su acción. La fundamentación antropológica de la Bioética le otorga a ésta calidad humana y consistencia. Se ha señalado que las diferencias que surgen de continuo en dilemas bioéticos se deben principalmente a discrepancias en las bases antropológicas del problema. Por eso es que este libro de Alejandra Carrasco, *Problemas contemporáneos de Antropología y Bioética*, es una contribución muy valiosa en un campo donde se definen cuestiones decisivas para el futuro de la sociedad.

David Lodge decía que, en algún momento en los años sesenta, los hombres habían dejado de creer en el infierno y que se habían abierto así las puertas a una cantidad de transgresiones, especialmente en torno a la vida sexual y la procreación. Puede ser cierto, pero más inquietante me parece que la fe en el cielo se esté desvaneciendo. Y esto se explica probablemente porque el siglo XX, aunque estuvo marcado por tantos progresos, fue desgarrado por el dolor de centenares de millones de seres humanos asesinados con la más refinada crueldad, desplazados, desarraigados, despojados. Los golpes fueron tan brutales y repetidos, tan contrarios a las expectativas de la humanidad, a sus esperanzas y deseos, que obliteraron para muchos hasta la posibilidad de un sentido para la vida del hombre e hicieron incomprensible el deseo de vivir una vida con sentido, es decir el simple deseo de ser feliz.

Sin embargo, somos humanos, no podemos renunciar a buscar un sentido para nuestras vidas: sin eso estrictamente no podríamos siquiera actuar. Nos es inimaginable no vivir en libertad, y cualquiera de nosotros entiende, a partir de lo que este libro desarrolla, que la libertad que en el fondo queremos, no es la simple

¹ Presentación hecha en el lanzamiento de la primera edición, el 13 de octubre del 2008, en la sede de ICARE en Santiago de Chile. Agradecemos al autor el haber autorizado la publicación del texto para este volumen.

libertad de elegir sino la determinación de la voluntad para elegir lo valioso. Cada ser humano quisiera ejercer su libertad con vistas a una vida con sentido y a la felicidad. Esa vigencia de un horizonte de felicidad emerge de las páginas elegantes, livianas y profundas que al sentido de la vida le dedica Alejandra Carrasco.

Ser cuerpo

La autora hace ver que muchos de los problemas bioéticos contemporáneos se originan en querer tratar a mi cuerpo como un objeto, perteneciente al mundo de los “*corps*” de que hablaba Descartes, caracterizados por la sola extensión y el movimiento. Sin embargo, esta exclusión de Dios y de los agentes libres, el filósofo francés la postulaba en el *Tratado de la Luz*, como propiedad de un universo imaginario, sobre cuyos componentes no cabían sino “afirmaciones claras y distintas”. Este recurso memorable de modelaje científico de la realidad, está en el fondo configurado por una determinación de la inteligencia humana, la cual es inmensamente más vasta y compleja que cada uno de los caminos que puede escoger. Nuestro cuerpo, en el cual sentimos y conocemos, no puede ser asimilado sin más a un objeto cualquiera de la naturaleza. No puedo decir que “tengo” un cuerpo, cuando la verdad es que “soy” un cuerpo.

La encrucijada

La segunda parte del libro, como colocada al medio de él, se titula “La encrucijada”. ¿De qué encrucijada se trata? Es un punto de decisión en la historia de la cultura. Y la verdad es que los problemas allí suscitados repercuten en todo el vasto campo de vida humana.

Lo que aparece de inmediato es una cuestión de lenguaje. En nuestra propia tradición cultural, el logos, la palabra que es portadora de un sentido, tiene una importancia capital. Ella funda el mundo que nos es común, desde que si somos humanos es porque somos capaces de oír los unos de los otros, porque somos capaces del diálogo, esto es de actuar a través o por medio de esa palabra portadora de sentido. La distorsión del sentido de las palabras, de su campo de significación, termina distorsionando la percepción de la realidad que pueda tener una comunidad humana. Esa distorsión puede producirse fortuitamente, pero también puede ser provocada cuando se trata de abrirle camino a una visión distinta de las cosas. En el debate bioético de hoy se hace presente, dice Alejandra Carrasco, una “neolengua” en el sentido que le daba a esta expresión

su creador George Orwell en su novela *1984*, que describe un régimen totalitario que controla a sus ciudadanos a través del omnipresente ojo del “Gran Hermano”, el que usa la “neolengua” como un elemento central de su dominio.

En los debates bioéticos, la “neolengua” aflora constantemente. Así, por ejemplo, se ha descubierto que no es “aborto” el homicidio perpetrado sobre un embrión no implantado, y que este mismo no es embrión sino pre-embrión, formación que consta ciertamente de tejidos humanos, pero para la cual no se puede reclamar ningún estatuto moral. En esta perspectiva, no parece importar que la denominación de “pre-embrión” sea exclusiva de la especie humana, y que nadie se moleste en hablar de pre-embrión de rata, de cerdo o de caballo. Alejandra Carrasco desmenuza estas nuevas significaciones para poner en descubierto su básica intención, que es la de crear un espacio en la vida de un embrión humano en el cual este pueda ser maltratado y destruido.

Persona y ser humano

Pero el capítulo 6, “Quien es y quien no es ‘persona’”, deja al descubierto la monstruosa tesis que subyace a esa confusión de lenguaje. Es que habría seres humanos que no son personas. Habría entonces un conjunto de rasgos que definirían cuando un ser humano es persona. Simétricamente parecería razonable aceptar que pueden ser “personas” otros animales, no humanos, pero que presentan los rasgos requeridos, y así, en ese mar de caracteres imprecisos de incierta atribución, se termina perdiendo todo el peso propio de la palabra “persona”, pues al disociar la condición de persona de la pertenencia a la especie humana se ignora la abrumadora evidencia de que la especie humana es una entidad biológica radicalmente distinta de todas las demás. Se pretende olvidar que todo lo que sabemos sobre cualquier cosa –nuestra ciencia, nuestra filosofía, nuestra ética, nuestra técnica, nuestro mismo discurso sobre la “persona” o sobre la “especie”– se han forjado en el diálogo, en la interacción, con individuos de la especie humana. Es simplemente obvio que esta especie es un caso único, y no tiene nada de sorprendente pensar que la sola pertenencia a ella le confiera un carácter especial a un individuo biológico. Y es igualmente claro que individuos de la especie humana se dan en todas las etapas de su desarrollo, desde el embrión hasta el anciano, lo que hace mucho más natural la postura de que “es persona todo individuo de la especie humana”. Y no hay ninguna condición que pueda aparecer durante el desarrollo que haga persona a quien no lo era desde el principio de su vida.

Pero es claro entonces que la especie humana, tal como la conocemos, tiene algo que la distingue cualitativamente de las demás. Existe un tozudo materialismo, corrupción de la ciencia, que no puede aceptar que existan entidades cualitativamente distintas en la naturaleza, entidades dotadas de condiciones que no comparten con los demás entes materiales y que por lo tanto no pueden ser adecuadamente estudiadas sólo con los métodos que se aplican a estos.

Aquí toco el punto con el que quisiera terminar. El libro de Alejandra Carrasco desarrolla de modo consecuente, claro, ameno, las bases de una Bioética ordenada por una concepción no materialista de la persona humana. Pero debajo del desarrollo atrayente y diáfano, se siente vibrar una pasión. Este no es un libro frío, un desarrollo técnico o especulativo que sacrifique el calor a alguna forma de objetividad. Es la persona humana la que está presente, cuya condición vivifica las páginas del libro y que, por lo mismo que es genuinamente racional, deja trasuntar la realidad que se expresaba en la formulación de Ireneo de Lyon: “el hombre viviente es la gloria de Dios”.

Juan de Dios Vial Correa

AGRADECIMIENTOS

La causa remota de este libro son, naturalmente, los ensayos, escritos en distintas épocas y para distintos fines, como se reflejará en su heterogeneidad de estilos y ciertas repeticiones inevitables. Algunos eran artículos algo más rigurosos; otros, conferencias o charlas preparadas especialmente para la ocasión, y un último grupo ni siquiera estaba escrito: eran apuntes de clases que aquí por primera vez ordeno. Para evitar la disparidad excesiva, opté por el género de ensayo, readecuando –en la medida de mis posibilidades– los distintos textos. El costo de ello fue, en muchos casos, que las fuentes de la información, e incluso de citas, han sido omitidas. Aunque sé que no remedio la injusticia sólo con los agradecimientos, al menos quiero dejar constancia de que muchas de las buenas ideas y los mejores pasajes de esta colección provienen de las clases, escritos y conversaciones con los filósofos Jorge Peña, Alejandro Llano, Jaime Nubiola y Alfonso Gómez-Lobo, a quienes a lo largo de mi vida he tenido la suerte de conocer. Junto a ellos, y en un lugar especialmente destacado, debo nombrar al profesor Alejandro Vigo, quien ha sido siempre mi mayor maestro y amigo, de quien admiro profundamente su lucidez en los análisis de los temas de actualidad –muchas veces en conversaciones de pasillo–, y con quien por su inmensa generosidad mantendré siempre una deuda intelectual y humana insaldable.

Las ideas, por tanto, que se encontrarán en estas páginas, corresponden primordialmente a estos autores, a los que pido disculpas por no citarlos cada vez. Con todo, en muchos casos ello también me habría sido imposible, puesto que he hecho tan mías sus ideas, que en no pocas ocasiones hasta olvido que no me pertenecen. Todo esto no exculpa de los errores que aquí también se puedan encontrar, los que, esta vez, sí son completamente míos.

Junto con las ideas de estos autores, todos los ensayos aquí reunidos reflejan también mi propia experiencia académica y mi contacto y conocimiento de tantas generaciones de estudiantes. Especialmente como profesora de Antropología Filosófica en la Pontificia Universidad Católica de Chile, he podido generar lazos

de amistad con muchos jóvenes, percibir de primera mano sus problemas, sus inquietudes, su posición ante la vida. Y por sobre todo, lo que constituye mi mayor gratificación, sentir cómo a algunos, al hablar de ciertos temas, se les iluminan los ojos, se involucran, comienzan a vibrar, a cuestionarse, a identificarse y a sorprenderse, al oír asuntos que quizás nunca se habían planteado o que nunca pensaron que podían verse desde otras perspectivas. Emociona ver cómo, de repente, en algún lugar de la sala se hace un silencio, y una mirada empieza a brillar, semi-desconectándose del bullicio-ambiente, porque descubrió algo en lo que no había pensado y le encontró sentido. El amor humano, la sexualidad, el dolor, la felicidad y el sentido de la vida; temas que a todos, con mayor o menor preparación intelectual y espiritual, nos interpelan. Mi amistad con estos jóvenes, que en muchos casos persiste en el tiempo, es sin duda mi mayor alegría y una de las motivaciones más importantes para este proyecto.

La causa inmediata, por su parte, fue el entusiasmo de Alejandro San Francisco, director del Instituto de Estudios de la Sociedad (IES), quien invitándome a dar algunas charlas a esa institución terminó por convencerme en recoger éstos y otros ensayos en un libro. Rosario Gazmuri, por otra parte, licenciada en Filosofía y en Letras, contribuyó desde su doble perspectiva en la engorrosa corrección de los textos. Para todos ellos, para otros entusiastas amigos que apoyaron desde un comienzo este proyecto apostando también a ciegas, para mis alumnos y para mi familia, vaya el esfuerzo de este trabajo. Y sobre todo para los lectores, para que decidamos bien y no dejemos que en nuestro mundo haya gente que sienta que “sobra,” porque están enfermos, no han sido “deseados,” o viven vidas “eutanasiables.” A ellos está dedicado este libro. Nosotros todavía podemos decidir el lugar de los menos favorecidos en nuestra sociedad. Ellos, ¿son ‘personas’? ¿Tienen derecho a estar vivos? ¿O deberíamos hacer una mejor selección de quiénes nacen y quiénes no? Para ellos, porque del camino que nosotros elijamos hoy dependerá su futuro. Nuestra generación tiene la palabra: la última palabra en esta historia, y la definitiva.